

I  
DE TIRSO

---

# TIRSO DE MOLINA

---

## CONFERENCIA

LEÍDA EN EL ATENEO DE MADRID

EL DÍA 23 DE ABRIL DE 1906

---

SEÑORES:

Ante todo, agradecer al Ateneo y al insigne D. Marcelino Menéndez y Pelayo el honor que me dispensan, trayéndome á esta ilustre cátedra para hablaros de uno de los más excelsos poetas que España ha producido; inmediately, encomendarme á vuestra bondad en este casi irrealizable empeño de encerrar en el brevísimos espacio de una conferencia á todo Tirso, al gran Tirso de Molina, cuya obra es suma de prodigios, cuya vida era hasta hoy cerrado misterio, cuya bibliografía es caos, y cuya crítica literaria, erizada de enigmas, litigios y problemas, es objeto preferentísimo de activas investigaciones y de curiosidades vehementes para cuantos aman las letras dentro y fuera de España. Cada uno de los aspectos de la crítica de Tirso pide

un libro. Y, sin embargo, de todos ellos quisiera daros impresión sintética, que no me detendré á probar, ya que, á mi parecer, lo está sólidamente en mi estudio del gran poeta. Dos palabras para evocar nuestro glorioso teatro; algunos párrafos para rehacer, no la vida, la cronología biográfica de Tirso; y después, sobre la base histórica, intentar una reconstitución ó, más bien, evocación momentánea de su obra y del espíritu que la produjo.

Importa, ante todo, recordar aquí, siquiera de pasada, la grandeza de nuestro teatro nacional, para deducir de ella el valor y significación de la ingente personalidad de Tirso. Desde los tiempos clásicos sólo hubo un teatro comparable al nuestro, el teatro inglés, que, merced á un solo hombre, es el más grande en los tiempos modernos. Descontado Shakespeare, nuestro teatro sería el primero en la Edad Moderna; pero aun incluyendo á Shakespeare, grande por tener en grado heroico las condiciones más esenciales del dramático y que más singularmente nos faltaron á nosotros: *verdad humana, universalidad en los caracteres y sinceridad en la expresión*; aun incluyendo á Shakespeare, que en esas esenciales dotes nos supera, nuestro teatro nacional es, por otras inestimables cualidades, un arte *único*, y tan grande, como que fué el océano magnífico donde se acumuló toda nuestra vida histórica y toda nuestra esencia intelectual y afectiva, donde se derramaron, como dos soberbios torrentes, la España épica y legendaria del

Romancero y la España opulenta é intelectual del Renacimiento. Nuestro teatro es, pues, juntamente la expresión más completa de nuestro genio indígena, la más rica manifestación literaria de los tiempos modernos y—¡no lo olviden los altos Poderes!—la más excelsa representación de la nacionalidad española; porque la Patria—¡bien lo sabéis, y ésta es verdad enaltecedora en nación cuya alma no cupo en las fronteras, y cuya lengua dilata por tanto mundo su vida étnica!—, la Patria no es sólo extensión geográfica: es más singularmente extensión espiritual; la Patria alienta en el idioma y en el arte; por eso España reside íntegra y eterna en su teatro de los siglos de oro. Pero, ciñéndome á la crítica estética, necesito recordar que aquel teatro tan rico y español adolecía de dos vicios étnicos que esterilizaron en parte su virtualidad creadora: el *conceptismo* y el *culleránismo*, pecados originales y hereditarios de la mentalidad española. Engendrada entre el fragor de la controversia escolástica, avezada desde la cuna al despilfarrero de la dicción ó al aguzamiento del concepto, fué nuestra dramática como niño enfermizo que apenas soporta la pesadumbre de la cabeza agrandada por la precoz labor de la idea. Le sobraba cerebro y le faltaba cuerpo, y de aquella sobra y de esta falta fué Calderón el más genuino representante; su obra, exceptuada una producción sin par, *El Alcalde de Zalamea*, pecaba de intelectual é idealista. Y, sin duda por ello mismo, por significar más íntegramente nuestras

aspiraciones y defectos, fué Calderón el más nacional, no el más universal ni el más humano de nuestros dramáticos. Porque después de los lirismos de Lope, que todo lo intentó, es verdad, pero dejándolo todo en estado genesiaco y embrionario, existió por dicha Tirso, á quien cupo entera la gloria de humanar nuestra dramática, de darle carne y sangre, de ser su verdadero verbo. ¡Lástima grande que al apoderarse de ella Calderón la remontara á los cielos de la Teología, ó la meciese en los espacios ideales de las fábulas mitológico-andantescas, donde, faltándole tierra en que apoyarse, se disolvió en soberbia apoteosis! Y es que la dramática, para llenar su finalidad, necesita, ante todo, ser humana, y la nuestra lo fué plenamente en Tirso, y de él recibió generosa y perdurable vida. Hora es ya de que Tirso ocupe el lugar que de consuno le señalan la justicia, la cronología y la historia entre los dos colosos de nuestra escena; porque entre Lope y Calderón fué Tirso el nexo necesario, y existiendo entre la juventud y la decadencia del teatro, fué lo que infaliblemente había de ser: virilidad y apogeo. Pero adviértase que no lo fué porque naciese entre sus dos grandes rivales, sino por haber poseído en grado sumo las cualidades de la misión que le tocaba, las dotes más altas y esenciales del dramático, y por haber sido tan excelso creador de caracteres; por eso, en rigurosa justicia estética, le corresponde, sin disputa, el primer lugar entre nuestros dramáticos, y uno de los más gloriosos entre los primeros del mundo.

Determinada la significación de Tirso y la magnitud de su personalidad dramática, salta á la vista la enorme desproporción que existe entre su grandeza y la justicia que hasta ahora mereció á su patria. Doloroso es pensar que cuando de la virtud fecundante de una sola obra de Tirso, el *Don Juan*, han crecido nombres, prestigios, generaciones de artistas, literaturas enteras, el creador de tal obra no tenga aún en su patria una estatua ni un libro que inmortalicen su gloria. ¡Qué digo estatua, libro!... ¡Ni una edición—no ya crítica—legible de sus comedias! Pero el teatro de Tirso, tan español en todo, lo fué así en su fecundidad generosa como en sus fatales destinos, porque la historia del teatro de Téllez es la historia del teatro nacional, la propia historia de España: crear, descubrir, conquistar mundos maravillosos para que otros los posean y los exploten. Y tan español como su teatro fué Tirso en persona: generoso en producir, descuidadísimo en conservar, predestinado al despojo.

Así, la historia de su crítica está hecha con dos palabras: *injusticia, olvido*; y la historia de su bibliografía, con otras dos: *incuria, desorden*; en suma, el *caos*. Y, sin embargo, nada tan vario, rico, atrayente y sugeridor de curiosidades y problemas como la crítica y la bibliografía de Tirso, capaz de apasionar al más desamorado de las letras. Baste decir que en ese vasto mundo abierto á la exploración literaria, un punto solo, una sola obra, el *Don Juan*, el

cual ya en sí, psicológica y simbólicamente, es legión y problema, es también legión y problema crítica, bibliográfica y aun biográficamente, respecto á Tirso.

¿Y qué decir de *El condenado por desconfiado*? *El condenado*, que ya entraña dos grandes é interesantísimos problemas, el sentido de su tesis teológica y el origen de la leyenda hagiográfica en que se funda, ofrece además á la crítica y á la bibliografía otros dos arduos problemas con la duda de su atribución, enlazada á la de la autenticidad total ó parcial de la *Segunda parte* de las comedias de Tirso, muy gráficamente calificada por el Sr. Menéndez de verdadero rompecabezas bibliográfico.

Pues... ¿y la busca é interpretación de las comedias viejas de Téllez á través de tomos colectivos, de volúmenes descoyuntados de incoherente foliación y de impresión babilónica?

Para conocer el actual estado de la crítica y de la bibliografía de Tirso, necesitaría recapitular lo que fué de ambas desde la muerte del poeta hasta nuestros días. Pero tal recapitulación no cabe aquí ni aun en síntesis. Quédese para mi libro, y baste decir que acaso fué Tirso el mayor ejemplo de injusticia que existe en toda nuestra historia literaria. Tanto, que al empezar el siglo XVIII apenas si quedaba memoria suya. La dictadura calderoniana primero, y la intolerancia de la censura religiosa después, desterraron del teatro á Lope y á Tirso, que ya no volvieron á él hasta los grandes días de la *Independencia*.

¡Tan pegada estaba nuestra gloriosa dramática de los siglos de oro al concepto de nacionalidad española!

Durante aquel largo destierro, el teatro de Téllez existió sólo para la explotación y el plagio; baste decir que de su jugo alimentóse toda la dramática latina, ya que en España todos merecieron sus hoces en la apretada mies de Tirso: desde Calderón, que trasladó un acto entero de la *Venganza de Tamar* á sus *Cabellos de Absalón*, y en cuyo teatro no menos que trece comedias se derivan de otras tantas de Téllez; desde Moreto, que se apropió *El Rey D. Pedro en Madrid*, *La Villana de Vallecas* y otras muchas invenciones del Mercenario; y Rojas, que le debió lo mejor de su teatro; y Córdoba y Maldonado y Zamora, que se alzaron con *El Burlador*, hasta los más famélicos poetastros salteadores de la estofa de los Salvos y Comellas. Y en Italia Giliberti, Cicognini, Perrucci, Goldoni, Metastasio, Da Ponte y otros; y en Francia Molière, Dorimond, De Villiers, Corneille y varios más, reprodujeron á *Don Juan* y al *Convidado*. Italia tomó de Téllez, además, otras muchas producciones. Y el teatro clásico francés, donde cuanto es grande, vivo y fecundo es español, debe á Tirso, según frase de Lemaitre, «la obra más extraordinaria y sugestiva de aquella dramática: el *Don Juan* de Molière, degeneración del de Tirso, como *El Cid* de Corneille—*la merveille du Cid*—lo fué del de D. Guillén de Castro. Pero Molière no debe á Tirso sólo su *Don Juan*: dé-

bele su *Tartuffe*, que tuvo claro precedente en *Marta la Piadosa*, y otras muchas inspiraciones señaladas por la crítica. Mas la historia de los plagios y profanaciones que padeció el teatro de Tirso llenaría volúmenes; añádanse á ellos las falsas atribuciones de copistas, cómicos y editores rapaces, la inepticia y desaseo de impresiones torpísimas, y se tendrá idea del estado en que llegaron á nosotros aquellas obras.

En cuanto á la crítica—¡doloroso es confesarlo!—, baste decir que en todo el siglo XVIII no suena el nombre de Tirso ni aun en boca de los contados aunque entusiastas defensores de nuestra dramática. Para los literatos pelucones—nacionales y extranjeros—el teatro español eran Lope, Calderón y Solís—Solís; ¡quién lo diría!—. ¿De Tirso? ¡Ni rastro! Dos menciones debió el soberano poeta á todo el siglo XVIII: la que el P. Alcázar dedicó á su defensa de la dramática y el elogio del docto jesuíta Arteaga al carácter de *Don Juan*. Esto y una modesta reimpresión de sus comedias (la de doña Teresa García) fué cuanto hizo por el glorioso fraile de la Merced aquel siglo que se cerró dignamente con el decreto prohibitorio de lo mejor de nuestro teatro clásico. Cuando al grito de la independencia despertó el sentimiento nacional, volvieron con él al teatro las comedias del maestro Tirso. Exhumadas por la noble iniciativa del ilustre apuntador de Máiquez D. Dionisio Solís, consentidas de milagro por veleidades censorias del pintoresco P. Carrillo, protegidas por el capricho de un rey chis-

pero que dió en reír sus chistes y lozanías; pero resucitadas al arte, no por nada de eso, sino al calor del cariño y del aplauso nacional, que otorgó á Tirso por aclamación el cetro de oro de la comedia española.

No intentaré historiar tampoco la crítica de Tirso en el siglo XIX. Baste consignar que la rígida censura preceptista no prevaleció contra Tirso. Recuérdese, en prueba de ello, que aquel apriorístico anatema que en 1837 y desde esta misma cátedra fulminó el docto D. Alberto Lista contra el teatro de Téllez, leído por el honradísimo censor aquel teatro en la reimpresión de Hartzzenbusch, trocóse de excomunión mayor en indulgencia plenaria. Pero el verdadero revelador de Tirso fué D. Agustín Durán, primer colector de sus obras en la *Talia Española*, con cuyo prólogo y con sus artículos sobre *El condenado* y *La prudencia en la mujer*, inauguró magistralmente la crítica de Tirso. Digno continuador suyo fué el insigne Hartzzenbusch, que no sólo completó la malograda empresa de Durán en su *Teatro escogido de Fr. Gabriel Téllez*—enorme y fructuosísimo trabajo que contiene preciosas observaciones críticas, ofrece el texto de la mitad del teatro de Tirso, y supone el estudio de ochenta y seis producciones suyas—, sino que colectó además el tomo V de la *Biblioteca de Autores Españoles*, dedicado al teatro de Tirso, prestando con todo ello inmenso servicio á su difusión y conocimiento. La crítica de Schack es antes un himno á Téllez que un estudio completo

de su teatro. Contagiado á un tiempo Schack del fervor del culto calderoniano en Alemania y de los prejuicios de nuestros preceptistas, considera á Tirso todavía—y lo declara—como á uno de nuestros poetas famosos *inferiores*; sólo así se comprende que, á pesar del entusiasmo que caldea sus páginas sobre Tirso, sean éstas contadímas en obra donde Calderón y Lope llenan volúmenes. Todavía en el libro de Schack la magna personalidad de Tirso aparece comprimida, aplastada por los otros dos atlantes de nuestro teatro. Había que llegar al insigne maestro en erudición española para hallar derramadas como en regneros de luz á lo largo de sus libros las observaciones más preciosas, los elementos primordiales de un criterio seguro, de una reivindicación definitiva del gran Mercenario. Con alto desinterés artístico, aun en su propio libro dedicado á Calderón, reconoce el Sr. Menéndez y Pelayo la inferioridad de aquel poeta respecto á Téllez en todos los géneros esencialmente dramáticos; declara que á Tirso se debe el primer drama religioso del mundo, *El condenado por desconfiado*, y nuestro mejor drama histórico, *La prudencia en la mujer*; afirma que Tirso, «como hablilla y escritor, es, sin disputa, el primero» entre nuestros dramaturgos, y sobre ser á todos superior en fuerza dramática y cómica, y á ninguno inferior en la trágica, además de superarlos por el calor de realidad, riqueza de pormenores, alteza de concepción filosófica, naturalidad y primor del diálogo, dominio de la psicología

femenina y elocuencia poética, élévase sobre todos ellos por ser el mayor creador de caracteres de los tiempos modernos, después de Shakespeare. No cabe ya disputar á Tirso un lugar junto á Lope y Calderón: al contrario, la más estricta justicia pide que como hablilla y como dramático se le otorgue el lugar primero.

Mas, para realizar de modo definitivo la crítica de Tirso, importaba esencialmente conocer su biografía. ¿Cómo definir lo que tal conocimiento significaba? ¡Era algo como explorar de noche y sin guía las vírgenes selvas de un continente ignoto! Os haré gracia de mi penosísima odisea por archivos y bibliotecas; diré sólo con laconismo de cifra los resultados de mi investigación. Antes de ella—importa decirlo—, la biografía de Téllez era una verdadera incógnita (1); quien

(1) Y ha seguido siéndolo; después de Hartzenbusch, la Barrera fué el más diligente de los biógrafos de Téllez: en su conocidísimo *Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro español* recogió todas las anteriores noticias y les agregó otras dos muy importantes: la dedicatoria que Matías de los Reyes hizo á Tirso de su comedia *El agravio agradecido*—dedicatoria en la cual se declara condiscípulo del Mercenario—y la mención que D. Fernando de Vera y Mendoza, en su *Panegírico por la poesía*—escrito en 1619, pero no publicado hasta 1627—, hace de la preiacia de Téllez en Trujillo; la Barrera refirió la noticia á 1619, y este nuevo error, sumado al de la fecha del viaje á la Española, acabó de embrollar la biografía de Tirso. El Sr. D. Emilio Cotarelo, cuyos grandes merecimientos en erudición española son de todos conocidos, publicó sus *Investigaciones biobibliográficas* acerca de Tirso en 1893—terminado y premiado ya por la Academia mi *Estudio*—, y aquella obrilla, que por su misma brevedad sintética y por la suma de cuestiones que inicia y apunta, constituía eficaz elemento de vulgarización, tuvo el privilegio de despertar la ge-

lo dudare, lea como el más imparcial de los testimonios la declaración que mi docto competidor en el concurso de la Academia Española, el catedrático de Valladolid D. Pedro Muñoz Peña, consignó en el sumario del capítulo primero de aquel estudio suyo: *Imposibilidad de hacer la biografía de Tirso por falta de datos.*

El Sr. Muñoz—en quien tuve el más benévolo de los adversarios—se declaró vencido en la lucha por el documento. Yo tuve mejor fortuna, ó más terca voluntad; tuve la benedictina paciencia de leerme, folio por folio, todos los libros bautismales de todas las parroquias de Madrid en un espacio correspondiente á veinte años

neral curiosidad dentro y fuera de España hacia una biografía toda enigmas y una bibliografía toda problemas aún, como faltas de toda base histórica y cronológica; mas por no haber su autor consultado las fuentes originales, no añadió noticia alguna capital á la biografía de Tirso, ni rectificó los errores cometidos por los anteriores biógrafos.

En su última obra acerca de Téllez (*Comedias de Tirso de Molina; Nueva Biblioteca de Autores Españoles*) tampoco aporta el Sr. Cotarelo datos nuevos de propia investigación: recoge los allegados por D. Bartolomé J. Gallardo, D. Manuel Serrano Sanz y D. Cristóbal Pérez Pastor, renunciando á los trabajos de indagación personal, sin duda por creerlos inútiles, como declara en la página VIII de su *Vida y obras de Tirso de Molina*: «Los archivos públicos y privados, que tan pródigos se muestran en estos últimos años en noticias referentes á otros grandes escritores, permanecen sólo mudos cuando de Téllez se trata.»—No lo han estado felizmente para mí, que en los de Protocolos de Guadalajara, Trujillo, Madrid y Soria, en el de la Corona de Aragón, en el Histórico Nacional y en el de Indias de Sevilla he hallado todas las escrituras, actas y demás documentos fehacientes que adelante se consignan. (Véase *Biografía documentada...* y los otros artículos publicados por mí en *El Imparcial*, que van á continuación de esta conferencia, en el presente volumen.)

—de 1560 á 1580—. Registré además todos los libros de *matrícula*, de *prueba de curso*, *actos y grados* y *claustrós*, de la Universidad complutense primero, y de la salmantina después, logrando en ellos noticias de más de cien mercenarios amigos, condiscípulos, maestros ó adversarios de Tirso, como Fr. Alonso Remón, su opuesto como cronista y como dramático. Igual exploración á la realizada en las parroquias de Madrid realicé en las de Toledo y Alcalá de Henares, para no dejar resquicio á la duda, aunque yo jamás la tuve, de que Tirso fué madrileño, como él mismo y sus coetáneos testifican. Otras prolijas investigaciones realicé en otros muchos archivos públicos y privados, y aun de las menos fructuosas aporté algo útil á mi estudio. En cuanto á lo positivo de mi investigación, compensa y excede en tanto á lo negativo, que con ello puede, al fin, reconstituirse, sobre todo en lo que más interesa, la vida de Tirso de Molina. Y no menos que tal esfuerzo se necesitaba, ya que la biografía de Téllez parecía secreto que los siglos se empeñaban en guardar, en complicidad con la ignorancia y la injusticia, y ya que el conocimiento de la personalidad entera del poeta, en sí y en sus relaciones con sus contemporáneos, era la base imprescindible, absolutamente necesaria para establecer la cronología de su producción y para realizar su crítica estética como se la entiende y se la exige desde los tiempos de Sainte-Beuve y de Taine. Sin la base biográfica no cabía estudio sólido, y, además, co-

rríase el riesgo de caer en los errores en que cayó Lista respecto á Lope y á Téllez, atribuyendo á la virtud personal del primero la honestidad de sus damas, y á ésta el éxito de su teatro, y atribuyendo, en cambio—contra todo fundamento—, á inmoralidad de Tirso la desenvoltura de sus damas, origen—textual—«del descrédito en que cayó su teatro». ¡Qué hubiera dicho el candoroso D. Alberto á conocer la tempestuosa vida íntima del Fénix—hey tan documentada—y la nobilísima personalidad moral del Mercenario!

Pero el criterio ético-estético de Lista y su erróneo ideal de las gentes del siglo XVII hicieronle incurrir en otra grave injusticia respecto á Téllez, acusándole repetidamente de haber falseado la moralidad de su época. ¡Como si la época de Tirso no fuese la época de Cervantes, de Quevedo, de Góngora y Villamediana; la época del naturalismo crudo, de los desalmados vejámenes, de la sátira desolladora, de las novelas picaresca y celestinesca y de la desvergonzadísima comedia plautina, de que tan notorios ejemplos nos dejó aquel, para D. Alberto, ascético Lope! Mas con los escrúpulos y errores de Lista y de sus contemporáneos se amasó aquel falso y calumnioso criterio de Tirso que ha prevalecido hasta nuestros días. ¡Y así salieron las primeras biografías de Téllez! Opinaban los aristarcos que todo el teatro de Tirso—que no se molestaron en leer—era pecado y abominación, y sin gastar tiempo en indagaciones biográficas, decidieron proceder con el hombre como con su obra. ¿Li-

cencioso el teatro? ¡Ergo licencioso el autor! Y diéronse á deducir de sus obras cuanto les plugo: hicieron á Tirso casado, libertino, soldado en Flandes, espadachín, donjuanesco—¡toda la lira!—; cargaron su conciencia con la muerte en duelo de su mejor amigo, y al cabo, viejo y penitente, metiéronle fraile, muy enterados de que vestidos los hábitos no volvió á coger la pecadora pluma. ¡Del juicio de los escrupulosos librenos Dios!

Y, sin embargo, la obra de Téllez—¡tan calumniada!— es también moralmente superior á las de Lope y Calderón. Y lo es negativa y positivamente, tanto por no haber caído en el licencioso naturalismo rufianesco en que cayó Lope, y por no haber incurrido tampoco en la descomida exaltación de la moral casuística del honor que llevó á Calderón á sublimar él parricidio por celos, cuanto por haber creado dramas religiosos y teológicos de más alto valer que los de Lope y Calderón, y más aún, porque las gentes que Tirso engendró eran más perfectas, estética y moralmente, que las que Calderón forjaba en su idealidad calenturienta. Los personajes de Tirso se contentaban con ser humanos; los de Calderón aspiraban á perfectos, y como todo el que soberbiamente desdeña la Naturaleza, cayeron en la aberración y en el absurdo, porque hasta moralmente la perfección de lo humano está en lo humano. Dios se vistió de carne para enseñarnos que el saber ser humildemente humanos es el medio de llegar á ser divinos. Y por ese camino llegó á la inmortalidad el arte de Téllez.

Y como su arte era el hombre. Tan humano y equilibrado física y moralmente, *mens sana in corpore sano*, la alegría que enjuenece eternamente su teatro era la buena salud de su cuerpo y de su alma. Basta leerle: contento de la vida, enamorado de su arte, afectuoso para sus amigos, entusiasta de su maestro, feliz de haber nacido en España en los gloriosos días en que no se ponía el sol en nuestros dominios, honrado con llevar al pecho sobre los blancos hábitos caballerescos de la Merced las nobles barras de púrpura, gozoso de viajar y de ver mundo, prendado de su Madrid y de su Toledo, satisfecho de deber á su propio esfuerzo cuanto llegó á ser en el claustro y en la escena, su espíritu expansivo y generoso rebosa de sus obras, su vida entera de fraile y de escritor está por mitad en su Crónica monástica y por mitad en sus creaciones artísticas: él es su propio biógrafo; yo de sus manos la encontré escrita, y no he hecho sino integrar las dos mitades para entregarla completa al respeto de la Humanidad. De hoy más, nadie verá en Fr. Gabriel Téllez aquel fraile chabacano y juglaresco á quien los críticos no sabían calificar sino de *travieso*, *maligno* y aun *maleante*. No; Fr. Gabriel Téllez, gran poeta dramático y gran poeta religioso, no fué eso; de su vida y de su alma tenemos documentos que no mienten: su *Historia de la Merced*, sus comedias, sus *Cigarrales de Toledo* y su *Deleitar aprovechando*. Todo Tirso está en sus obras. Pero debo declarar aquí: primero, que, además

de sus obras, poseemos ya, felizmente, importantísimos testimonios: á mi parecer, cuantos bastan á documentar su vida; segundo, que aunque son sus obras testimonios complementarios que unos á otros se integran, para penetrar el sentido de todos ellos, para partir de una base positiva, faltaba una *clave*, y esa clave tuvo la fortuna de hallarla en la *Historia de la Merced*, de Téllez, documento de altísimo valor histórico y biográfico, verdadera autobiografía de Tirso, que dormía ignorada en el Archivo de la Academia de la Historia. Allí está el fraile todo entero; allí las *Ordenanzas* por las cuales se rigieron en el claustro sus estudios; allí las actas de los Capítulos que le confirieron sus grados teológicos y sus cargos monásticos; allí noticia auténtica de sus viajes; allí preciosas revelaciones acerca de sus discípulos y hermanos en religión y de cierto maestro suyo en Teología que pudiera indiciarnos algo acerca de la tesis de *El condenado*; allí el relato de un ruidosísimo Capítulo de la Orden que tuvo conatos de cisma; allí descripciones curiosísimas de los conventos en que vivió Tirso y zurbaranescos retratos de mercenarios maestros y amigos del poeta. Más aún: en aquellas páginas autobiográficas, que exhalan el ambiente de su celda, nos cuenta el fraile sus trabajos de cronista; y lisamente nos declara su antagonismo hacia su antecesor el buen Maestro Remón, uno de los padres de nuestro teatro, cuya *Historia de la Merced* (impresa en dos tomos) ordenóle á Téllez proseguir todo un Capí-

tulo general; pero Fr. Gabriel, que era una voluntad con hábitos, trituró con su crítica la *Historia* del P. Remón, y arrojóse á escribir la suya íntegra. Aquel fallo condenatorio es una réplica al *Viaje al Parnaso*, en que Cervantes endiosa á Remón y calla el nombre de Tirso (1); de tal modo respira en nuestro Cronista de la Merced el discípulo de Lope, natural enemigo del bando de los antiguos, de los detractores de la dramática nueva. Un joyel preciado, unas páginas místicas de Tirso, inspiradas en los milagros de cierta imagen de la Virgen Redentora, nos ofrece también la historia mercenaria; y, por último, nos cuenta el inestimable manuscrito la devoción de Téllez hacia Felipe III y resuelta protección que el regio confesor Aliaga

(1) El Sr. Cotarelo, en nota á la página XVII de su tan citada obra—*Nueva Biblioteca de Autores Españoles*—, escribe: «En mi anterior estudio acerca de *Tirso de Molina* indiqué la sospecha de si Cervantes confundiría á Téllez con el Dr. Remón ó Ramón, á quien atribuye la paternidad de muchas comedias.» Recuerda el Sr. Cotarelo que en el *Prólogo* de las suyas dice Cervantes «de los trabajos del Dr. Ramón que fueron los más, después de los del gran Lope»; y, fundándose en que de Remón sólo se conocen cinco comedias, insiste en su sospecha, y supone que tal vez creyó Cervantes que el sendónimo de *Tirso de Molina* correspondía á Remón; pero, sobre que nadie confunde á sus amigos con sus adversarios, tal confusión era imposible de parte de Cervantes, así por lo bien enterado que el autor del *Quijote* se muestra en su *Viaje* de la vida y obras de todos los ingenios contemporáneos—«aun los más oscuros», cuanto por lo distintos é inconfundibles que Tirso y Remón se eran en todo, por la fama de que en aquellos días de 1614 gozaba ya Tirso, cuya *Santa Juana* acababa de estrenarse ante el Rey, en la Huerta de Lerma, cuando Cervantes firmó su *Adjunta al Parnaso*, y aun por otras razones que indicaré en mi libro acerca de Tirso.

dispensaba á los mercenarios (1); y á fe que estas páginas de la *Crónica*, reverso de los *Grandes anales de quince días*, nos explican el sentido de mil alusiones políticas de las comedias de Tirso.

Y hallada la clave, los demás documentos literarios nos van entregando preciosos secretos biográficos y artísticos de Téllez, singularmente *Los Cigarrales de Toledo*, libro que—conocidas la *Crónica* y las comedias—equivale á una interviú con el dramático en los días de su mayor actividad y apogeo; en él nos hace Téllez, junta con su profesión de fe artística, la más briosa defensa de la dramática nacional, y allí encontramos intimidades del hombre, notas del artista, impresiones de viajes, croquis de comedias, noticias del estreno de algunas suyas, crítica de comediantes: un tesoro de confidencias. Lo que allí falta, derramado está en regueros de luz reveladora en su otra miscelánea *Deleitar aprovechando*, y á través del vasto mundo de su teatro. Pero dije que á más de sus obras existen varios importantísimos testimonios biográficos, y empezaré por hablar de uno de ellos, dos veces interesante, respecto á la vida y persona de Tirso;

(1) El Sr. Cotarelo, que no tenía noticia de esta protección, supone que el siguiente verso de Téllez—en *Ventura te dé Dios, hijo*—

«La ambición se metió monja»,

era un saetazo al regio confesor, y escribe (en nota á la página XXXVIII de su obra de referencia): «Probablemente el ambicioso Fr. Luis de Allaga, perpetuo aspirante á primer Ministro.»

pero tan interesante como dudoso y discutido, el cual he tenido la suerte de legitimar: su retrato. Fué hallado en 1874, procedente, según parece, del convento de Soria, en el cual murió Téllez. Desde que en 1878 aparecieron en la *Colección de libros españoles raros y curiosos* el retrato y la inscripción que lo avalora, en fuerza de reproducidos, son conocidísimos. El retrato fué adquirido por el señor Marqués de Santa Marta. La inscripción reza: «*El Rdo. P. Maestro Fr. Gabriel Téllez, Comendador que fué de esta Provincia, hijo de este convento, varón de insigne prudencia, predicador y Maestro en Teología, Definidor y Cronista de la Orden. Fabricó el Retablo principal, el camarín, los colaterales y todo el adorno que se ve en la nave de la iglesia, dejando la sacristía llena de preciosas alhajas y ornamentos para el culto. Nació en Madrid en 1572; murió el 12 de Marzo de 1648, á los setenta y seis años y cinco meses de edad. Fr. Antonio Manuel de Hartalejo, Maestro General de la Religión, hijo también de este Convento, copió este retrato.*» La inscripción es inestimable; contiene cuanto faltaba de la biografía de Tirso. Pero ¿qué fe nos merecían la pintura y su rótulo? ¿Quién era el mercenario copista, del cual ni D. Vicente Poleró, descubridor del retrato, ni sus eruditos publicadores, ni Cean Bermúdez, ni Ponz, ni nadie nos daba noticia? ¿Á qué convento se refería la inscripción? Al de Soria no podía ser; el historiador D. Nicolás Rabal comprobó que la disposición de aquella iglesia y altares no

correspondía con las obras citadas en la inscripción. Además, sabemos por Téllez que aquel retablo era de fábrica recientísima cuando nuestro poeta fué á Soria; no había para qué hacerlo de nuevo (1). Todas eran dudas y confusiones. Felizmente, hallé noticia del copista ignoto Fr. Antonio Manuel de Hartalejo, el cual, á más de General de la Orden, fué no menos que Obispo de Vich. Poseo numerosísimos documentos de este prelado, que vistió el hábito en Madrid, con lo cual queda probado que en Madrid también lo vistió Téllez (2), que á Madrid se refieren las obras y donativos mencionados en la leyenda, y

(1) Más aún: una escritura hallada por mi en el Archivo de Protocolos de Soria limita á menos de dos años la duración de la prelación de Téllez en aquel convento, con lo cual disminuyen también las probabilidades de que el anciano Comendador—á quien la falta de salud (acaso la de la vida) impediría concluir el trienio de su gobierno—realizase allí grandes obras. Aún hay algo más concluyente: el retablo mayor existe; hállase en el brazo izquierdo del crucero de aquella iglesia; sus molduras conservan fragmentos de una leyenda conmemorativa de su erección, y con ellos esta fecha: 1662.

(2) La afirmación de la leyenda del retrato, de que Téllez y Hartalejo fueron *hijos del convento de Madrid*, apareció comprobada respecto al último en un testimonio que guardo; respecto á Téllez, la ha comprobado recientemente un documento de valor indiscutible: la «Vida de Santa María del Socós», manuscrito original y, según parece, autógrafo de Tirso (de su hallazgo y autenticidad di noticia en *El Imparcial*), en cuya portada se declara el autor «hijo del Monast.<sup>o</sup> de M<sup>a</sup>», aunque el Sr. Cotarelo sigue dudándolo (\*), en vista de que Gallardo no halló en el libro de *Profesiones del convento de Madrid* la de Fr. Gabriel Téllez: y

(\*) Véase su última obra acerca de Téllez: *Nueva Biblioteca de Autores Españoles; Comedias de Tirso de Molina*, pág. XIII, nota.

que Téllez hubo de ser persona de cuenta cuando de tales riquezas disponía; que las fechas de su nacimiento y muerte (salvo pequeño error de cómputo en la primera) (1) son exactas, y, por último, que el retrato es auténtico á todas luces. Acaba de acreditar su validez y la certidumbre de que al convento matritense se refiere su inscripción, el doble testimonio de Téllez y de su sucesor el Cronista Colombo, quienes menudamente describen el retablo y los colaterales de la iglesia de Madrid, el camarín de los Remedios y sus alhajas en términos que puntualmente concuerdan entre sí y con la inscripción del retrato; cierta modesta reticencia de Tirso á propósito de aquellas obras y alhajas parece corroborar plenamente la veracidad de la leyenda. Sobre la construcción de aquellos altares, debidos al escultor Alonso Carbonell y al pintor de S. M. Eugenio Caxés, poseo ocho escrituras públicas, en alguna de las cuales figura como testigo Fr. Gabriel Téllez, quien, siempre expansivo, nos da en sus obras literarias repetidas muestras de cuánto le

es que el Sr. Cotarelo confundió la *profesión* con la *toma de hábito*; Tirso profesó en Guadalajara y tomó el hábito en Madrid: por eso fué *hijo de este convento*, y no del de Guadalajara. De todo esto, y de las referencias del P. Talamanco, tuve noticias antes que nadie, por el Cronista de la Merced Fr. Antonio Garí y Siumell, cuyas cartas, de 1887 á 1888, conservo.

(1) Yerra en el cómputo de la edad de Fr. Gabriel; pues de haber muerto éste—como dice—á 12 de Marzo de 1648, á los *setenta y seis años y cinco meses de edad*, no pudo nacer en 1572, sino á mediados de Octubre de 1571, en los mismos gloriosos días de la victoria de Lepanto.

preocupaban aquellas construcciones de 1621 á 1624. En cuanto al retrato primitivo de Téllez, bien pudo ser obra de Carducci, como opina el Sr. Poleró; yo antes creo que lo sería del mercenario Fr. Agustín Leonardo, que vivía con Tirso en el convento de Madrid, y de cuyas pinturas nos hace nuestro Cronista caluroso elogio (1); y tanto más lo creo, cuanto que Fr. Agustín Leonardo, según Ponz y Cean Bermúdez, gozó fama de retratista, lo fué del poeta gongorino Bocángel, y, al decir de Cean, «dibujaba con corrección, pero pintaba con sobrada dureza de tintas»; cualidades que parecen traslucirse á través de la copia de Hartalejo. Fuera de Carducci ó de Leonardo el original, lo cierto es que de él copió el suyo el P. Hartalejo, siendo General de la Orden (2), según la inscripción, es decir, entre 1774, en que obtuvo el generalato, y 1777, en que as-

(1) Téllez, en su *Historia de la Merced*—segunda parte—, celebra fervorosamente el enorme cuadro de *El milagro de pan y peces*, debido al pincel del P. Leonardo, que decoraba el ancho refectorio de la Merced, en Toledo. Fray Agustín pintó y firmó en 1624-1625 los dos grandes lienzos que adornaban la escalera del convento mercenario de Madrid.

Sobre este pintor, véanse Ponz, Palomino, Orellana, Cean Bermúdez, Fr. Francisco Martínez, D. José Vicente Ortiz, Jusepe Martínez y otros varios escritores.

(2) Y como el cargo de General de la Orden implicaba la residencia en Madrid, claro es que en Madrid copió el maestro Hartalejo el retrato de Téllez del original que en el convento matritense existía, y nueva prueba es ésta de que al convento de Madrid, y no al de Soria, se refiere la interesante leyenda.

El ilustre escritor D. Ramón Menéndez Pidal, en una nota bibliográfica con que honró esta conferencia (*Cultura Española*, Agosto, MCMVI), fúndase para opinar con el Sr. Cotarelo que la

cendió á la silla de Vich. Reconstruída la historia del retrato, y acreditada la personalidad del P. Hartalejo, adquieren autenticidad indiscutible la pintura y su inscripción interesantísima. Pero con serlo ésta tanto, y aunque el P. Hartalejo no era Zurbarán pintando mercenarios, aún vale más como testimonio iconográfico la pintura; porque, en efecto, su primer original fué Tirso. Aquel retrato contiene el *quid* individual infalsificable, *se parece* á la imagen ideal que todos tenemos del fraile poeta, y de la cual os daría yo intensa impresión si mi palabra alcanzase á revivirle con el poder *vidente* de la fantasía con que le veo envuelto en los blancos hábitos de estatuarios pliegues, con *las barras de púrpura á los pechos*, destacando la faz sobre la capucha y el enérgico mentón sobre la capilla que junto al cuello amarillea del roce de la cabeza ya

Inscripción del retrato fué redactada en el convento de Soria, y que á él se refiere, en esta doble circunstancia:

1.<sup>a</sup> Que en dicha inscripción se llama á Tirso *Comendador de esta provincia*, «siendo así—observa el Sr. Menéndez Pidal—que no lo fué sino de Trujillo y de Soria». Pero como las encomiendas no eran cargos *provinciales*, sino que se limitaban al gobierno de un convento, la frase *Comendador de esta provincia* no podía significar *Comendador de este convento*, sino *Comendador en esta provincia*—modo abreviado de indicar que lo fué en dos conventos de ella (no tiene otra interpretación)—; es decir, de la provincia mercenaria de Castilla—sabido es que las *provincias* de la Orden no correspondían á las divisiones de la geografía política: Francia era una provincia mercenaria, Castilla otra, otra Aragón y Cataluña, etc., etc.

2.<sup>a</sup> Creo además el Sr. Menéndez Pidal que «la frase *nació en Madrid en 1572, murió el 12 de Marzo de 1648*, no es lógico suponerla redactada en Madrid, lugar nombrado como extraño, sino

doblada por los años, alta y noble la frente de pensador y teólogo, estriada de tenues arrugas, aquilino el perfil, aristocrático el continente, contráctiles y sutiles las cejas, delgados los labios de altas comisuras, dibujando el manso *ric-tus* irónico que delata bajo el fraile caballero al psicólogo y al satírico, al padre de las gracias que aún alegran con alegría de eterna fiesta nuestra escena del siglo de oro. Tal fué la persona de Tirso.

En punto á documentos y á cronología, así en la *Crónica* de Tirso, como en otras fuentes monásticas y literarias, creo haberlo hallado todo cuanto concierne á la doble vida del fraile y del poeta, fecha cierta de sus estudios, de su toma de hábito en Madrid, su patria; de su noviciado en Guadalajara en 1599, de su profesión en aquel convento de San Antolín á 21 de Enero de 1601; actas de los Capítulos que le confirieron sucesivamente grados teológicos y cargos mo-

en el lugar donde murió, esto es, en Soria, que por eso se olvidó expresar».

Y, sin embargo, como la inscripción en el declarar á Tirso y Hartalejo *hijos del convento* en que fué redactada y en las demás referencias que ya tenemos *documentadas*, conviene con Madrid, y no con Soria, y como de la muerte de Tirso en Soria no existe testimonio alguno fehaciente, y existe, en cambio, la escritura hallada por mí, que prueba que en 31 de Agosto de 1647 no era ya Téllez Comendador de aquella casa, ni murió en posesión de aquel cargo, como hasta ahora se había creído, de admitir la opinión del Sr. Menéndez Pidal de que Tirso murió en el lugar en que la inscripción fué redactada, habríamos de admitir juntamente la creencia de que Tirso murió en Madrid, puesto que lo indudable y comprobado es que á Madrid se refiere la leyenda del retrato.

násticos, cuales fueron la Presentatura (1618); la prelación en Trujillo, no en 1619, como hasta aquí se creyó, sino de 1626 á 1629—y cuéntese que para documentar esta prelación tengo seis escrituras públicas, y una de ellas en *causa propia*, y particularmente interesante al dramático (1)—; el nombramiento de Definidor, en noviembre de 1632; la designación para el cargo de Cronista de 1635 á 1636 (2); el Breve en que Urbano VIII, á 13 de Enero de 1639, concedió á Tirso el Magisterio en Teología, á título de Cronista de su

(1) El Sr. Cotarelo en su estudio preliminar á las *Comedias de Tirso* (*Nueva Biblioteca de Autores Españoles*, pág. VIII), después de asegurar que sólo respecto á Téllez permanecen mudos los archivos, añade: «Es perfectamente natural. Su persona desaparecía en la Comunidad que le albergaba; ni contratos, ni otro acto alguno de los que se consignan en documentos podía realizar como individuo...» Y, sin embargo, la escritura otorgada por Téllez en *causa propia* es la mejor respuesta á la afirmación del Sr. Cotarelo. Tampoco desaparecía la persona de fray Gabriel en la Comunidad que le albergaba, puesto que encontré muchas escrituras en que Téllez aparece y firma como testigo; y cada una de estas preciosas firmas es una fecha en su biografía, á veces de singular interés literario. Respecto á la prelación de Téllez en Trujillo, el Sr. Cotarelo dice (en la página XLIV de su estudio de referencia) que «era una especie de destierro, del que (Tirso) se apresuró á salir cuanto antes». Pero como los frailes no podían apresurarse á dejar á su arbitrio los cargos y gobiernos en que los ponía la autoridad, y los ataba la obediencia monástica, Téllez cumplió religiosamente el *trienio* de rúbrica en aquellas prelações, como lo demuestran las ocho escrituras que hallé en el Archivo de Protocolos de Trujillo, y los demás documentos que cito adelante: *Biografía documentada*.

(2) Aunque dije *designación* para el cargo de Cronista—por haber redactado aprisa esta parte de mi conferencia—, no me refería al nombramiento—cuya fecha conozco desde 1887—, sino á la indicación hecha á Téllez, á mi parecer, de 1635 á 1636, para

Orden (1)—Breve de que se dió cuenta al Capítulo celebrado en Guadalajara en 14 de Octubre de aquel año, con asistencia de Téllez—; la fecha en que éste terminó y firmó en Madrid (no en Soria, como se ha supuesto) su *Historia de la Merced*, á 24 de Diciembre de aquel año; el nombramiento de Comendador de Soria, á 29 de Septiembre de 1645; las otras dos fechas conocidas de Soria, el otorgamiento de una escritura, á 5 de Octubre de 1646, y la muerte del poeta, á 12 de

que comenzase á ejercer aquel cargo. He aquí la indicación: en la parte segunda, folio 410, de su *Historia de la Merced*, dice Tirso, refiriéndose al Maestro General Fr. Diego Serrano: «Cuidó de esta General Historia de la Orden, mandándome á mí que la escribiese...» El Maestro Serrano fué General de la Orden de 1632 ó 35 á 1636, y en este último año empezó Tirso á escribir su Crónica, con intento de que fuese tercera parte de la escrita por Remón (la segunda parte de la cual se imprimió en Madrid, 1633), según en su *Introducción* declara Téllez y demuestra con numerosas pruebas el manuscrito original, á la margen de los folios de cuya segunda parte se lee: TERCECA PARTE de la Historia General, etcétera. En efecto; la segunda parte fué escrita antes que la primera. Del tiempo que su autor empleó en redactarla, y de otros particulares relativos á sus trabajos y condiciones de historiador, trataré en mi libro acerca de Téllez. Respecto á su nombramiento de Cronista, véase *Biografía documentada*.

(1) Á propósito del Magisterio de Tirso, dice el Sr. Cotarelo (pág. LXX de su citado estudio): «Esta dignidad de Maestro no sería en Teología, porque el tal era grado que se adquiría en Universidades, sino más bien puesto muy elevado (como que exigía un Breve pontificio) en la Orden de la Merced, acaso necesario para obtener el máximo de General.» Me abstengo de comentar este párrafo; lo cito porque su sentido, junto con las observaciones que el Sr. Cotarelo consigna en la página XV de esta citada obra suya, acerca de los estudios teológicos de Téllez, demuestran que el erudito escritor no ha realizado investigación especial respecto á la *carrera teológica* de Téllez. (Véanse, á propósito de ella, mi *Biografía documentada* y *Tirso de Molina y Cataluña*.)

Marzo de 1648, completan ese esquema cronológico-biográfico que, enriquecido con otros muchos datos de varia índole, intento vestir de carne en mi libro. Pero de cuantas noticias autobiográficas debemos á Téllez, quizá ninguna tan nueva, sugestiva é interesante á la historia literaria como la del viaje de Fr. Gabriel á la Española, en unión de otros ocho religiosos, «todos buenos estudiantes y que acababan de salir de sus colegios»—declara otro documento monástico, enterándonos de pasada de la época en que Tirso acabó sus estudios—, para acompañar al joven lector Fr. Juan Gómez, que iba como Vicario á la Isla Española (1). Emprendieron los mercenarios esta expedición en 1616, y volvieron en 1618; para ilustrar este viaje poseo, además del relato autobiográfico de Tirso, preciosos testimonios, y tengo hasta la licencia de pasajeros de la Contratación de Sevilla, donde se nombran aun los criados de los expedicionarios (2). Y con

(1) El Sr. Cotarelo, en la página XX de su tan citado estudio, refiriéndose al viaje de Téllez á la Española, escribe: «Á su regreso obtuvo recompensa de sus trabajos, siendo nombrado Fr. Juan Gómez Vicario general de la isla y su provincia...» Es lo cierto que Fr. Juan Gómez no fué nombrado Vicario á su vuelta, sino á su ida á Santo Domingo; y por si lo de la recompensa se refiriese también á él, conviene decir que lo que Fr. Juan Gómez mereció á su regreso fué un castigo: la privación de voto en el Capítulo general de la Orden (Guadalajara, 1618), por haber regresado á España sin licencia del General. (Téllez: *Historia de la Merced*, parte segunda, folio 240 vuelto, y Acta del citado Capítulo, encontrada por mí en el Archivo de la Corona de Aragón.)

(2) El Sr. Cotarelo (páginas XVIII, XIX y XX de su tan citado estudio)—fundándose en un error de memoria de Tirso—cree

esto queda destruída la contradicción cronológica en que se fundaban algunos escritores para negar á Tirso la paternidad del *Don Juan*.

En efecto; querían los críticos que *Don Juan* procediese de este viaje á Sevilla—y, en el fondo, acertaban; porque si no de la tradición sevillana, de Sevilla procede, en cuerpo y alma, *Don Juan*—; pero la única noticia sabida de aquel viaje de Téllez era la del P. San Cecilio, que aseguraba haber conocido á Fr. Gabriel en Sevilla, cuando volvía de Santo Domingo en 1625, y, por otra parte, el historiador Riccoboni declara que en 1620 representábase en Italia *Il convitato de pietra*, versión italiana del *Burlador*, y como la traducción no puede ser anterior al original, deducían los críticos que el *Don Juan* no

rectificar á Gallardo, refiriendo el viaje de Téllez á la Española á 1615, y presume que «no dos, sino tres años permaneció (Tirso) en la isla». La licencia de pasajeros que hallé en el Archivo de Indias de Sevilla, el Acta del Capítulo de Guadalajara, que encontré en Barcelona, las referencias de Tirso en su *Historia de la Merced*—que por primera vez recogí—y otros documentos que guardo fijan definitivamente la cronología de este viaje de 1616 á 1618. (Véanse *Biografía documentada y Tirso de Molina y Calaña*.)

El Sr. Cotarelo (pág. LV de su estudio de referencia) dice: «En los años de 1633 á 1635 no sabemos por dónde anduvo Tirso. Indicio de que estaría ausente de Madrid vemos en el hecho de publicar en 1634 la *Tercera parte* de sus comedias en Tortosa.»—De 1633 hallé en el Archivo de Protocolos de Madrid tres documentos que prueban que á 10 de Febrero y 21 de Mayo de aquel año se hallaba Téllez en Madrid; lo mismo demuestra, respecto al 25 de Agosto de 1635, el libro de *Visitas de Provinciales* de este convento de la corte, que encontré en el Archivo Histórico Nacional. (Véase *Biografía documentada*.)

era de Tirso (1). ¡Bien puede ya mi ilustre amigo el Dr. Farinelli abjurar de su *herejía donjuanesca*, nacida—pruébalo un artículo suyo—de esa supuesta contradicción cronológica! Y á fe que Tirso, que en mayo de 1618 acudió á uña de caballo al tempestuoso Capítulo de Guadalajara, que tuvo sus puntas y ribetes de cisma, había llegado á Sevilla en el pleno esplendor de sus fiestas, en los días más propicios para encontrarse entre aquellos fastuosos galanes,

«inventores de las galas  
que toda España se viste»

—como se los llama en el primer *Tenorio*—, á *Don Juan*, el héroe sevillano neto por su audacia y bizarría, hombre, no del tiempo en que Téllez le supuso en su obra, sino de aquel en que le conoció en Sevilla, producto de aquel medio de opulencia, de corrupción y de sol, del cual hombre dice el mismo Farinelli—heresiarca y todo—que «su pecar es meridional». En mi sentir, no trajo Tirso sólo de aquel viaje suyo á *Don Juan*: trajo á su otro héroe sevillano y donjuanesco, el rey Don Pedro, tan semejante en brío psicológico y en audaces rebeldías, como en el ambiente prestigioso que le envuelve, al *Burlador*. Y trajo de todo aquel viaje aquella clarividencia y lucidez de espíritu que abrió una era nueva en

(1) No añadido aquí nota alguna relativa al *Don Juan*, porque sobre este asunto espero publicar muy pronto un libro titulado *El Don Juan de Tirso de Molina*.

su arte, aquellas que parecen proféticas intuiciones de cosmopolitismo y de exotismo y sellan con impresiones de su expedición todas sus obras de entonces, haciéndole decir entusiasmado, en varias de ellas, que quien no viaja «no merece estimación de discreto, ni apenas nombre de hombre». Y á fe que aquella comunicatividad de Tirso ha sido para mí grande elemento revelador de su vida. Ahora, rectificadas las dos erróneas datas del viaje á Santo Domingo y de la prelación en Trujillo, que tan grande confusión de fechas introducían en la biografía de Tirso, imposibilitando todo intento de cronología dramática, ordénase el caos, el misterio se disipa; sabido que Téllez profesó en 1601, como él mismo nos declara implícitamente en *Los Cigarrales*, que empezó á escribir sus comedias en 1606, evidente es que todo su teatro nació en la celda, que Tirso dramático fué siempre el *Fraile de la Merced*; y como del fraile conocemos la vida entera y hasta la intimidad autobiográfica, cuanto ignorábamos del dramático nos lo revela el religioso, y el poeta con sus efusivas expansiones nos ayuda maravillosamente á la reconstrucción biográfica. Cuéntanos el Cronista que cuantas esperanzas se prometían los mercenarios de la protección de Felipe III y de Alia-ga, murieron para ellos con el Rey; y, en efecto, hallamos que todo el teatro de Tirso anterior á la muerte de *Filipo el Piadoso* (1621) es fervorosamente *adicto*, y todo el posterior á aquella fecha es *de oposición* decidida á Felipe IV y al de Oli-

vares. Cada acontecimiento sensacional de la monarquía, de la política ó de la literatura de sus días, ríela sobre una serie de obras de Tirso: los viajes, enfermedades ó bodas de reyes y príncipes; los triunfos militares de la Mamora, de la Valtelina, de Breda; el asalto de los ingleses á Cádiz, la salida de la «Segunda parte» del *Quijote*, las fiestas de la Inmaculada, la reedificación de la Plaza Mayor, cada suceso nacional ó local, cada latido del corazón del poeta, pone una fecha en su teatro; unas comedias van fechadas con un himno, otras con una queja, algunas con una carcajada, las más con un latigazo satírico «á la usura que vendía báculos», «á la lisonja que labraba casas» (Lerma edificó por entonces la suya), «á la grandeza del ser ladrón», «á la obscuridad del ingenio», á la alteración de la moneda, á las pragmáticas suntuarias, «á la majestad siempre acompañada de la adulación y malgastadora del tiempo en fiestas y en cacerías», á los arbitristas, á los cultos, á los envidiosos, á la sórdida ingratitud de aquel endiosado Lope, tan mal pagador de homenajes como el que en *Los Cigarrales* le rindió Tirso, que le arrancó esta vibrante protesta:

«Hay hombre que haciendo versos  
á los demás se adelanta,  
y aunque más fama le den,  
es tal—la verdad os digo—,  
que niega el habla á su amigo  
cada vez que escribe bien.»

Y á fe que en esto los tiempos no varían. Juntamente, pues, se nos vienen á las manos las fechas de la producción y las remembranzas del hombre. ¿Quiérese un ejemplo de reconstrucción biográfica? Ahí está el viaje á Santo Domingo y el grupo de obras que lo refleja. Mientras se creyó bajo la fe del P. San Cecilio que Téllez volvió de la Española en 1625, ¿cómo sospechar ni de lejos que *La Villana de Vallecas*, fechada con dos actualidades en 1620, estuviese llena de impresiones de aquel viaje? Hallada por mí su fecha cierta, no sólo *La Villana*, otras muchas obras contemporáneas, singularmente *Los Cigarrales*, nos entregan las más curiosas confidencias de aquella interesantísima expedición. Y el ejemplo se repite en cada página de la vida del Mercenario, de tal suerte, que, gracias á la alta iniciativa de la Academia Española, puedo tener hoy la satisfacción, para mí superior á todo premio, de haber realizado la biografía completa y documentada de Tirso, cuyas primicias ofrezco al Ateneo de Madrid y al cultísimo público que me escucha.

Del teatro de Tirso, de aquel maravilloso mundo cuya descripción henchiría volúmenes, diré que antes de evocarlo en síntesis rapidísima, conviene recordar las sumas dotes intelectuales y la alta conciencia estética con que Tirso seleccionó y completó la obra de Lope. Porque Tirso—importa decirlo ahora ó nunca—, Tirso no era un ingenio lego, como Cervantes; ni un teólogo